

Hoven, René.
LEXIQUE DE LA PROSE LATINE
DE LA RENAISSANCE

(Leiden – New York – Köln: E. J. Brill, 1993; XXXII + 427 págs.)

Antonio Arbea G.
Pontificia Universidad Católica de Chile

En las últimas tres o cuatro décadas, se ha observado un creciente interés por la literatura latina renacentista y posterior, como asimismo por su lengua, el así llamado neolatín¹. Muestra clara de este interés ha sido la realización, desde 1971 hasta la fecha, de diez congresos internacionales sobre la lengua y la literatura neolatinas, patrocinados por la entonces creada Asociación Internacional de Estudios Neolatinos. En estos congresos, como era de esperar, desde un comienzo se llamó la atención sobre la urgente necesidad de elaborar instrumentos de trabajo específicos —particularmente diccionarios— para apoyar la lectura de la abundante literatura neolatina.

Este bien pensado y bien realizado *Lexique de la Prose Latine de la Renaissance* de René Hoven es respuesta a ese llamado y viene a llenar un vacío bibliográfico importante de la filología latina. Hasta la fecha de su publicación, los

1 La adopción oficial del nombre *neolatín* para designar el latín escrito desde Petrarca hasta nuestros días, tuvo lugar en el Segundo Congreso de Estudios Neolatinos, realizado en Amsterdam en 1973. La decisión no fue sencilla, dado que en italiano la voz *neolatino* tiene otro valor: significa regularmente 'romance', es decir, se aplica a las literaturas y a las lenguas derivadas del latín. No obstante, dado que *neolatín* era un nombre corto y fácil, común a todas las otras lenguas europeas y, además, tenía ya una cierta tradición en el latín moderno mismo (donde, desde fines del siglo XVIII, venía siendo usado con el valor, precisamente, de 'latín moderno'), terminó siendo adoptado. En español, no obstante, el término no se ha impuesto aún: diccionarios como el de la Real Academia Española o el de María Moliner sólo registran el adjetivo *neolatino*—no el sustantivo *neolatín*—, y con la sola acepción de 'derivado del latín'.

lectores de los escritos latinos de autores renacentistas tan relevantes como Petrarca, Brunini, Valla, Ficino, Lutero, Erasmo, Vives y tantos otros, carecían prácticamente de todo apoyo específico en materia de vocabulario. Es cierto que, para leer a estos autores, los diccionarios tradicionales de latín –los de latín antiguo– son, en general, bastante adecuados, ya que la mayor parte del vocabulario usado por los escritores latinos del Renacimiento figura en esos registros. (Como sabemos, los humanistas tuvieron como modelo lingüístico a los principales autores de la antigüedad, con Cicerón a la cabeza, y procuraron imitarlos en todos sus detalles, incluido el léxico.) Pero también, como lo ha podido comprobar cualquier lector de textos latinos renacentistas, éstos traen, por aquí y por allá, términos que el latín antiguo ignora, o bien voces antiguas provistas de una significación nueva, y en ambos casos la consulta de un diccionario latino tradicional es trabajo perdido.

Teniendo presente esta circunstancia –la índole imitativa del latín del Renacimiento–, atinadamente Hoven concibió su *Lexique* como un suplemento a los diccionarios de latín antiguo². Económicamente diseñado, este léxico registra exclusivamente voces y acepciones privativas del latín renacentista, no registradas en los diccionarios tradicionales de latín. Sus más de 8.500 entradas netas –es decir, aquellas que no son meras remisiones a otras entradas– se reparten en dos grupos: ca. 7.100 (un 84%) conciernen a voces no documentadas en el latín antiguo, y ca. 1.400 (un 16%), a voces que, aunque documentadas en el latín antiguo, el latín del Renacimiento las emplea en un sentido distinto. Las voces de este segundo grupo resultan fácilmente distinguibles de las del primero, pues van precedidas del signo +. En éste y otros detalles, corresponde reconocerle a Hoven el especial cuidado que muestra por ser claro en la entrega de su información. Respondiendo a las exigencias que hoy se le hacen a un diccionario moderno, los artículos de este *Lexique* están provistos de precisos y útiles signos diacríticos para distinciones de diverso tipo, todas de interés para el estudioso.

Para preparar su *Lexique*, Hoven leyó –completa o parcialmente, dependiendo de su relieve– las obras latinas en prosa de aproximadamente 150 autores repartidos entre Petrarca (1304-1374) y Justo Lipsio (1547-1606). De este centenar y medio de autores, los pertenecientes al período que va desde Petrarca hasta mediados del siglo XV son, prácticamente todos, humanistas italianos; los del período siguiente, en cambio, cubren geográficamente toda la Europa occidental y oriental. Variado es también, por su parte, el género de las obras procesadas: además de piezas propiamente literarias, la selección de Hoven

2 Específicamente, como suplemento al prestigioso *Dictionnaire latin-français* de F. Gaffiot (Paris, Hachette, 1934), el mejor y más completo diccionario moderno de latín antiguo, hasta la relativamente reciente aparición del *Oxford Latin Dictionary* (P.G.W. Glare editor, Oxford, At the Clarendon Press, 1968-1982).

incluye obras filosóficas, teológicas, históricas, jurídicas, científicas, tratados escolares, cartas, traducciones latinas de obras griegas, etc.

Los artículos de este diccionario, aunque sucintamente redactados, traen una completa información sobre cada término. En detalle, ella consiste en:

- la palabra latina con sus eventuales variantes gráficas, y
- el o los significados, respaldado cada uno de ellos por una o más referencias, completadas, en caso de necesidad, con una breve cita.

Cuando corresponde, a esta información base se añaden:

- observaciones sobre el origen de la palabra y sobre su formación;
- las reservas formuladas por los propios escritores que ocupan la palabra (*ut ita dicam, vulgo...*), como asimismo las críticas o condenas de autores particularmente cuidadosos del buen uso del latín, como Lorenzo Valla (1407-1457) en sus *Elegantiae Linguae Latinae* y Cornelio Croco (ca. 1500-1550) en su *Farrago sordidorum verborum*;
- referencias a otros términos relacionados etimológica y/o semánticamente;
- remisiones a obras o artículos modernos.

Para facilitar ciertas averiguaciones, Hoven ha agrupado al final del volumen, a modo de apéndices (pp. 389-472), tres útiles listas recapituladoras:

- la primera, con palabras de origen no latino: griego, germánico, árabe, español, francés, italiano, portugués y provenzal;
- la segunda, con diminutivos: sustantivos, adjetivos y adverbios;
- la tercera, con palabras clasificadas de acuerdo a ciertos sufijos o terminaciones: *-alis, -aris, -aster, -atus, -ax, -bilis, -bundus, -icus, -ismus, -is(s)o, -ista, -itas, -mentum, -osus, -sco, -sim, -sio, -sivus, -sor, -sorius, -ter, -tim, -tio, -tivus, -tor, -torius, -trix, -tudo, -tura y -turio*.

La obra de Hoven, en suma, es un instrumento de trabajo llamado a prestar insustituible ayuda, tanto a especialistas como a novicios. Primero en su especie y –mérito particularmente digno de ser destacado– empresa individual de su autor, este diccionario, es cierto, está inevitablemente a cierta distancia de abarcar exhaustivamente el gran caudal léxico específico de la prosa latina renacentista; con todo, cubre él, con probada eficiencia, gran parte de una literatura que, para ser leída, carecía hasta ahora de apoyos sustanciales como éste. En cualquier caso, es así como se han iniciado las tradiciones filológicas de importancia: con obras que, como ésta, fundan con rigor y excelencia un tipo particular de reflexión. Tras este empeño inicial, pues, es seguro que pronto habrá otros que vendrán a enriquecerlo.